

ción artesanal, la manufactura, no juegan un rol de importancia en su mercado interno. Sus ciudades, monstruosamente pobladas, se hallan en constante y rápida intercomunicación. Las clases sociales, los antagonismos de clase y sus múltiples expresiones, marcan definitivamente sus fronteras. Y sus gigantescas usinas urbanas continúan arrancando una parte cada vez más importante de la población a la estupidez de la vida rural, forjando un proletariado cuya cifra se cuenta por millones.

En América Latina, el feudalismo y la servidumbre son todavía, en gran parte, viva y operante realidad. Apenas si algunos Estados tratan de afianzar una Nación. Sus ciudades y centros productivos, situados a grandes distancias unos de otros, se hallan en muchos casos separados entre sí por obstáculos que el hombre no ha llegado aún a franquear con la velocidad moderna. La vida social y política de los diversos países es rudamente conmovida por los profundos antagonismos intestinos engendrados por la coexistencia de sociedades incompatibles: feudalismo y burguesía, comunidad primitiva y oligarquía financiera, proletariado y servidumbre. Su centro de gravedad oscila trastornando las abigarradas capas sociales de las épocas pasadas, conmoviendo las clases y cambiando sus mútuas relaciones. Las formas y la calidad de su producción—fundamentalmente agrícola y minera—impiden la rápida ruptura de la estagnación de la vida rural y engendran un proletariado sobre cuya gran mayoría pesa la contradicción capitalista del antagonismo entre la ciudad y el campo, la interpolación del capitalismo por el feudalismo.

Aquí el campesino trabaja y produce en calidad de siervo, la manufactura y el artesanado luchan contra la coerción del feudo, contra la absorción del comerciante. Los comuneros se defienden encarnizadamente contra la centralización de la tierra e insurgen contra la opresión del latifundista. En las inmediaciones del latifundio feudal se extienden la plantación, la mina, el ingenio capitalistas. Y en las ciudades casi aldeanas imperan la usina racionalizada, el Banco y el Konzern contemporáneos. El capitalismo predomina y dirige la marcha, pero la etapa pre-capitalista subsiste aún en la economía y en las relaciones sociales.

Europa y América del Norte han atravesado estadios que podemos discernir definidos y marcados: a la etapa feudal sucede una etapa mercantil y a ésta una etapa capitalista. Después de la Glorious y la Great Revolutions en Inglaterra, después de la Revolución Francesa, después de la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, el feudalismo fué vencido y destruído por la burguesía revolucionaria que conquistó por la fuerza el derecho a dirigir la sociedad capitalista.

América Latina ha pasado por un gran movimiento revolucionario: la Independencia, que no significó, de ninguna manera, una revolución demo-liberal ejecutada por la burguesía. Ha atravesado una serie de luchas feudales y feudalo-mercantiles, que no han significado la abolición del feudalismo y la hegemonía de la clase burguesa. El capitalismo sorprende a Latino-América en la etapa en que el feudalismo engendraba su negación, pero no surge levantado por una burguesía nativa—como en Europa o América del Norte—sino que llega importado, en plena madurez, en plena etapa final, convertido en imperia-lismo y en capital financiero.

América Latina está viviendo aceleradamente y en conjunto, las